



ESTUDIOS BÍBLICOS QUE ILUMINAN

Pentecostés 19

Propio 24 (C)

16 de octubre de 2022

LCR: Jeremías 31:27-34; Salmo 119:97-104; 2 Timoteo 3:14-4:5; Lucas 18:1-8

Jeremías 31:27-34

Los días seguramente están llegando. La frase en sí suena siniestra, incluso aterradora. Mientras observamos lo que llena nuestros días actuales, el estrés y la fatiga crónicos, la división política, el malestar social, la crisis climática y la pandemia en curso (solo por nombrar algunos), pensar en lo que depararán los días futuros puede parecer un ejercicio de exploración de nuestras propias pesadillas. Sin embargo, aquí en Jeremías, escuchamos a Dios confirmar que, de hecho, los días seguramente vendrán, aunque no estarán llenos del terror y de las calamidades que tememos. En cambio, Dios promete que llegará un día en que no habrá más uvas agrias, y la viña de Israel estará repleta de frutos que crecerán de las semillas sembradas de la promesa de Dios. Se nos recuerda que, si bien la historia de la relación de Dios con los elegidos de Israel es una historia de pacto roto, también es una historia de invitación y compromiso continuos a la comunión unos con otros. Injertados en esa relación de pacto, también somos invitados a la promesa de Dios. Seguramente llegarán los días, y aunque pueden estar maduros con los desastres y las tragedias de la vida, también serán días en los que Dios proclame: “Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”.

- ¿Cuáles son sus temores para el futuro, tanto inmediato como a largo plazo?
- ¿Cómo afecta la promesa de Dios de un futuro de relación redimida a esos temores?
- ¿Cómo podría afectar e influir en su presente la creencia en un futuro en el que Dios clama: “Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”?

Salmo 119:97-104

¿Cómo sería tener la palabra, la enseñanza, los mandamientos y la ley de Dios siempre frescos en nuestra mente? ¿Es posible? Con las demandas constantes de nuestro trabajo, nuestras familias y nuestros compromisos que sirven para estirarnos demasiado, tal vez estemos tentados a decir que simplemente hay una falta de posibilidad y plausibilidad para que nuestras mentes permanezcan siempre en Dios. El mundo se mueve más rápido que nunca y se espera que sigamos el ritmo. Cuando escuchamos al salmista proclamar un amor por la ley de Dios, diciendo: “Todo el día está en mi mente”, tal vez asintamos en silencio mientras pensamos: “En verdad no tengo tiempo...”.

Sin embargo, si permitimos que sea así, el salmista extiende la oferta de una cosmovisión que trasciende y define las demandas constantes que componen la vida. Un compromiso con Dios es un lente y un estilo de vida a través del cual estamos llamados a comprometernos, y tal compromiso tiene una forma de clasificar y priorizar lo que nos aleja de lo que es correcto y verdadero. Que podamos adscribirnos a seguir el llamado del mandamiento de Dios, uniéndonos así al salmista en la gozosa proclamación de que “siempre está conmigo”.

- ¿Cómo podría el morar conscientemente en los mandamientos de Dios redefinir, reorientar y reorganizar sus deberes y responsabilidades en la vida?
- ¿Qué podría ser llamado a reevaluar y volver a priorizar como parte de ese vivir consciente?

2 Timoteo 3:14-4:5

Paciencia, pero con urgencia. O tal vez sea mejor decir paciencia urgente. De cualquier manera, el llamado cristiano a proclamar el Evangelio como se define en 2 Timoteo es un llamado que requiere la misma cantidad de fuerza y gracia. De hecho, el escritor de la carta insta a una proclamación persistente, una que “convenza, reprenda y anime”. Sin embargo, al mismo tiempo, el autor de la carta instruye que todo esto debe hacerse “con la máxima paciencia en la enseñanza”. Tal es la naturaleza dual de la historia redentora de Dios a través de Jesucristo, una historia de gracia abundante y compromiso radical. El llamado al discipulado no es un llamado de conveniencia o que deba aceptarse “conforme a los propios deseos”, sino más bien una sagrada comisión para proclamar la Buena Nueva de Jesucristo en todo tiempo y en todo lugar. “Lleva a cabo tu ministerio a cabalidad”, se nos dice con urgencia y mucha paciencia.

- ¿Cómo puede la gracia estar presente en la urgencia? ¿Cómo está presente la gracia en la paciencia?
- ¿Cuándo ha experimentado la gracia a través de la urgencia o la paciencia?
- ¿Cómo podría ser llamado a transmitir esa gracia a través de la proclamación?

Lucas 18:1-8

Jesús cuenta la historia de una viuda y un juez y, al hacerlo, habla de la situación y las circunstancias de la comunidad de Lucas, un pueblo posterior a la Pascua que esperaba la segunda venida y, por lo tanto, negociaba en tiempo real lo que significaba ser seguidores de Cristo. Y no solo seguidores de Cristo, sino seguidores de Cristo viviendo en un momento posterior a la resurrección de Cristo, pero antes de la Parusía. Finalmente, la insistencia de la viuda en la comunicación logra recibir justicia, independientemente de la indiferencia personal del juez, y sirve como ejemplo del poder de la relación continua. El Jesús de Lucas promete que, si un juez sin interés en la justicia la otorga debido a una petición implacable, imagina lo que nuestro Dios todopoderoso y misericordioso puede hacer por los que “oran siempre” y se obligan a “no desmayar”. Avancemos más de 2000 años y nosotros también nos encontramos en la comunidad de Lucas: un pueblo posterior a la Pascua y anterior a la parusía. ¿Cómo existimos en esa realidad? El Jesús de Lucas dice que no miremos más allá de la viuda y su disposición a correr el riesgo continuo de la relación comunicativa. Siguiendo su ejemplo, podemos responder a la pregunta: “Cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?” con un rotundo “¡Sí!” mientras presentamos a los que aceptaron el santo desafío de “orar siempre sin desmayar”.

- ¿Alguna vez ha sentido que Dios contestó a una oración? ¿Cómo fue eso?
- ¿Alguna vez ha sentido que Dios no respondió a una oración? ¿Cómo?
- ¿Cómo es para usted un compromiso de orar siempre?